

Francisco Romero

**Los colores
de Atila**

Baobab Ediciones

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella, mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2010 Francisco Romero
© Ilustración portada: Olga Alarcón
Baobab Ediciones
San Francisco, 67. 13270 ALMAGRO
Tfno: 926882354
www.ebaobab.com
pacoromero@ebaobab.com

Me gusta saber cuál es el origen de mis historias, aunque no siempre he sido capaz de llegar hasta la idea que supuso el embrión. En este caso fue la imagen que quedó en mi mente cuando me desperté una mañana. Debía ser parte de un sueño, pero sólo pude recuperar el esbozo de un grafiti de tres colores en la pared de una iglesia. Ni siquiera sabía lo que había dibujado, pero muchas preguntas aparecieron a las que necesitaba dar respuesta, y las primeras no tardaron en llegar.

Pienso que escribir una novela es como jugar una partida de ajedrez, donde cada movimiento debe tener un fin para que nuestro oponente no nos supere. Es muy triste cuando un autor no está a la altura de la historia que pretende contar.

I

Cuando cada noche se aproximaba la hora de irse a dormir, aparecía el miedo. El silencio y la ausencia de luz suponían el preámbulo del horror. Así lo había sufrido durante cinco años. No importaba que hubieran pasado veinticinco desde la última de esas noches, desde la tragedia que lo cambió todo, aunque no fuera la primera de su vida. Ese miedo nunca había desaparecido, y Atila estaba resignado a que le acompañara hasta que llegara el momento de acabar con todo de la única manera que sabía. Él no contemplaba otra opción porque pensaba que era tarde para que su vida cambiara.

En la mayoría de las noches bastaba con apretar las sábanas y las mantas con fuerza junto a su cuello, como si se convirtieran en una armadura, y fijar la vista en la puerta del cuarto que ocupaba en la pensión. Con esa rigidez le era imposible dormir hasta que quedaba derrotado por el cansancio. No quería que otra mano volviera a tocarle en el hombro sin que estuviera prevenido para defenderse. Tenía suficiente fuerza para hacerlo. En el cuerpo a cuerpo ningún hombre le asustaba y muy pocos podrían vencerlo, pero los músculos y el coraje nada podían hacer para derrotar al pasado. Cuando se metía en la cama y apagaba la luz, volvía a transformarse en un niño desvalido que estaba a merced de los ogros que tanto le habían atormentado.

Había otras noches donde la barricada en que convertía la cama no era suficiente para estar seguro. El pánico vencía a sus defensas y el encierro acrecentaba la angustia. Ante esa situación de claustrofobia, no le quedaba más remedio que echarse a la calle.

Aquel era otro día en que su capacidad de aguante se había saturado y la rabia acumulada le obligaba a salir de las trincheras para golpear a su enemigo. Se vistió con las prendas más oscuras que tenía, aunque no había mucho para elegir. En la noche debía

salir camuflado para evitar riesgos innecesarios. Después comprobó que el material preciso estaba guardado en la mochila antes de colgársela a la espalda y salir de la pensión.

Bajó al garaje, sacó el casco y subió a la vieja Vespa que compró de segunda mano cuando comenzó a trabajar como albañil, o de lo que fuera necesario, en la empresa de reformas que le pagaba, aunque no tenía contrato ni cotizaba a la Seguridad Social.

Al iniciar cada una de sus expediciones nocturnas no tenía una idea concreta del destino que buscaba, aunque sí de lo que iba a hacer. Elegía una parte de la ciudad y observaba todo aquello que se cruzaba hasta encontrar un lugar que le incitara a parar. No solía avanzar por las calles más transitadas. No tenía prisa. En la calle sí le gustaba la oscuridad porque era él quien imponía las normas y nadie lo esperaba.

Esa noche detuvo la moto en la plaza que había junto a una pequeña parroquia de construcción reciente. Los ladrillos habían sustituido a los sillares de roca, pero no le importaba. Buscó la pared menos iluminada de la iglesia para que nada delatara su presencia y no tuviera que dejar su obra a medias.

A consecuencia del miedo pasado durante la infancia y de todo lo que tuvo que forzar la vista para anticiparse al peligro, había desarrollado una visión nocturna muy superior a la media, y era capaz de moverse con el sigilo de un gato a pesar de ser un hombre grande.

Dejó la mochila en el suelo y durante unos segundos miró fijamente a la pared, como si estudiara el terreno y quisiera delimitar el espacio que necesitaba para expresarse. Cuando decidió el proceso que debía seguir, abrió la mochila y sacó tres botes de pintura en aerosol. Empezó con el negro después de agitar el envase durante un buen rato. Su mano trazaba suaves movimientos en el espacio mientras el zumbido de la pintura impulsada por el gas rompía el silencio de la noche. Después siguió el mismo ritual con el bote de pintura morada, y para finalizar con el rojo, aunque posteriormente volvió a dar unos retoques con el negro. La pintura secaba rápidamente y los colores formaban capas uniformes que no se mezclaban.

No había pasado más de hora y media cuando dio su obra por acabada. Un grafiti de dos metros por uno mostraba la rabia que sentía esa noche, aunque sabía que muy pocas personas lo verían antes de que fuera eliminado por los operarios encargados de la limpieza urbana, al considerar que esa manifestación artística se trataba de un acto vandálico. El protocolo que seguía contaba con un último paso antes de emprender la retirada. Sacó de la mochila una pequeña cámara de un solo uso y fotografió su obra. El estallido del flash suponía el final del trabajo, y llegaba el momento de alejarse lo más rápidamente que pudiera para evitar el encuentro con las fuerzas del orden.

Durante la huida se sentía aliviado porque sabía que en los días siguientes podría dormir sin miedo porque era él quien había golpeado primero y los había dejado sin margen de respuesta. Los grafitis suponían un antídoto temporal contra el pánico, pero no servían para erradicarlo de su vida.

Cuando comenzó la sintonía de despedida del programa, y se apagó el piloto de la cámara que la encuadraba mientras sonreía a la audiencia, Laura sintió un fuerte pinchazo en el pecho. Parecía que le faltaba el aire a causa del dolor que sentía, aunque nadie del equipo se dio cuenta de lo que estaba pasando. Ella había aprendido a disimular hasta en las condiciones más extremas porque debía cuidar la imagen que ofrecía a través de la pantalla. Los años de trabajo en directo suponían una excelente escuela para camuflar los sentimientos tras una máscara.

Sabía que no le estaba pasando nada grave a su cuerpo, únicamente se le había roto el alma, si por ello se podía entender lo que había guiado sus decisiones durante sus treinta y ocho años de vida.

Esa tarde no se quedó charlando con el realizador, los tertulianos y otros colaboradores sobre cómo había quedado el programa. Dijo que tenía prisa y se retiró a su camerino. No podía reprimir el llanto mientras se quitaba el maquillaje con una toallita, y la imagen que contemplaba en el espejo, después de que el rímel humedecido le dejara cicatrices en los párpados, era

la de una mujer derrotada. No importaba que casi toda la profesión la envidiara al considerarla el prototipo de periodista triunfadora por haber alcanzado lo que la mayoría solo se atrevía a soñar.

Laura no aguantaba más esa farsa. Ella quería ser una mujer que tomara las riendas de su vida. En los últimos tiempos tenía la impresión de que se había convertido en un producto de marketing que daba succulentos beneficios al grupo de comunicación al que pertenecía por los ingresos publicitarios que generaba, pero había perdido su vida privada y el derecho a elegir. Se sentía como una marioneta que cotizaba en bolsa y que estaba expuesta a las leyes del mercado y a los caprichos de los inversores.

Por la noche tenía una cita con Mario, el ejecutivo responsable de las finanzas de la cadena, y el hombre con el que había compartido el último año de su vida, a pesar de que no vivieran juntos. Laura siempre quiso mantener sus relaciones personales al margen del trabajo, pero eso no era posible porque todo lo que hacía formaba parte del negocio, y había sobrepasado la categoría de periodista para ser incluida en la de famosa.

No era la primera vez que padecía un episodio de angustia en los últimos meses, pero antes no había tenido tan claro el origen, y lo atribuía al estrés. Frente al espejo delator no le quedaba ninguna duda del camino que debía seguir antes de que fuera demasiado tarde. La decisión estaba tomada, aunque sabía que lo más difícil no era comprender lo que le ocurría, sino asumir las consecuencias y no ceder ante las muchas presiones que recibiría por parte de aquellos que no lo entenderían ni estarían dispuestos a admitir una decisión tan drástica.

Vio que tenía varias llamadas perdidas y mensajes en su móvil, pero no le apetecía responder hasta que se alejara del estudio. Cuando llegó a casa llamó a Alberto, el psicólogo con el que había hecho terapia durante siete años, aunque hacía cinco que habían dado por finalizadas las sesiones. De tarde en tarde quedaban para tomar un café, pero ese día Laura le pidió hora porque necesitaba que la escuchara y le diera su consejo profesional.

Mario llegó a su casa después de que camuflara con una nueva capa de maquillaje las huellas del llanto. Esa noche la llevó hasta un lujoso restaurante que se había puesto de moda entre los famosos y donde siempre había algunos paparazzis de guardia. A Laura le disgustaba que los fotógrafos la asaltaran, pero era algo que entraba en su sueldo y a lo que su propio programa no era ajeno. Como sabía que era peor enfadarse, solía posar con la misma sonrisa con que despedía su programa. Mario se desenvolvía con naturalidad entre los flashes, incluso parecía que le gustaba, como si su categoría como hombre estuviera en función del interés provocado por las mujeres que le acompañaban.

Laura estuvo muy tensa durante toda la cena, esperando a que llegara el momento de decir lo que llevaba algún tiempo pensando. Mario no se había dado cuenta de esa inquietud. Él tenía muchas cosas que decir y Laura apenas si lo interrumpió, aunque tampoco prestaba atención a sus palabras.

Estaban tomando el postre y Mario hablaba de marcharse de vacaciones a unas islas perdidas del Pacífico cuando Laura decidió que no podía esperar más.

—Lo siento Mario, tengo que decirte que no vamos a ir de vacaciones juntos.

—¿Qué dices?

—Que todo tiene un final, y el de nuestra relación ha llegado.

—¿Cómo?

—Lo que oyes.

—¿Hay otro hombre?

—No, no hay nadie. Tan solo es la primera de una serie de decisiones trascendentes que me veo obligada a tomar.

—¿Para qué?

—Para no reventar por el peso de la carga que tengo que soportar, y con esto no te estoy acusando de nada. Soy la única responsable de lo que me pasa porque no supe frenar a tiempo. Sé que si corto ahora puede que tenga una oportunidad. Si no lo hago, lo lamentaré durante el resto de mi vida.

—No te entiendo Laura. En nuestra última cita dijiste que me amabas y que eras feliz por cómo iba saliendo todo. Has llegado

mucho más lejos de lo que soñabas hace unos años, y ahora, cuando tienes la oportunidad de recoger los frutos de lo sembrado, te asustas.

—Tal vez se trate de un ataque de vértigo, aunque puede que también lo sea de cordura. No solo te dejo a ti, el cambio debe ser más radical. También dejo el programa y puede que mi carrera como periodista, aunque seguiré como escritora.

—Creo que no sabes lo que estás diciendo.

—Sí, lo sé muy bien, aunque puede que me equivoque porque no estoy segura de nada y tengo miedo.

—Lo mejor es que descanses. Todos tenemos días malos. Mañana contemplarás el futuro de otra manera.

A Laura le dolió que Mario diera la cena por terminada de esa manera, como si todo lo que había contado fuera a causa de la rabieta de una niña caprichosa que nunca llegaría a ser adulta.

Más tarde le pidió que la llevara a casa porque necesitaba dormir. Cuando se quedó sola comenzó a llorar con rabia. Tenía la impresión de que sus decisiones no contaban y de que nadie creería que fuera capaz de comenzar una nueva vida cuando había alcanzado la meta.

A las ocho menos cinco llegó Atila al almacén. Jacinto lo había citado porque tenían que comenzar un nuevo trabajo que consistía en quitar un par de tabiques de una vieja casa, hacer tres armarios empotrados y colocar un suelo de tarima flotante. No suponía el cobro de muchos jornales, pero Atila no estaba en condiciones de elegir. Él cobraba los días que trabajaba, y si reclamaba los derechos que le correspondían como trabajador por cuenta ajena, el patrón no tardaría en echarlo. Era el tributo que tenía que pagar por sus antecedentes penales. En su situación no le quedaba margen para elegir trabajo ni, menos aún, para hacer proyectos a largo plazo.

Atila no era conflictivo cuando se metía en faena, ni se quejaba por lo que le pagaban, aunque la mayoría de los compañeros no querían ir en la misma cuadrilla por su carácter poco sociable. Jacinto era la excepción. Era un buen capataz y sabía cómo tra-

tarlo, y nunca había dispuesto de un operario tan completo a la hora de hacer el trabajo más delicado, el que separaba a los maestros de los aprendices.

Desde que terminó el servicio militar, que fue el único periodo estable de su vida porque estaba obligado a seguir una férrea disciplina, Atila había tenido muchos trabajos. No todos fueron legales porque nunca estaba en condiciones de elegir, y algunos de ellos provocaron que lo encerraran durante algún tiempo en la cárcel. En total había permanecido veintitrés meses recluido, aunque en los últimos ocho años no había pisado la trena, pero eso no bastaba para limpiar su expediente, y sabía que si lo volvían a detener la condena se agravaría con sus antecedentes. Hacía tiempo que se había hecho el propósito de no volver a pisar la cárcel, pero no podía controlar todos sus actos, y algunos eran esenciales para seguir vivo, a pesar de que las autoridades los considerasen delitos.

Entre los trabajos legales, había sido albañil, jardinero, basurero, descargador de camiones o repartidor de butano. Entre los otros, había pasado droga, aunque nunca la consumió. También se había dedicado a cobrar deudas mediante la extorsión, y había sido portero de tugurios donde se realizaban reuniones a las que no podía pasar cualquiera.

La última condena que sufrió fue a causa de una redada en la que le pillaron vigilando la puerta en una reunión de narcotraficantes. Sólo llevaba dos meses en el puesto, pero le habían caído quince de condena, de los que cumplió nueve antes de salir con libertad condicional. Desde entonces se había mantenido al margen de las compañías que pudieran crearle problemas y procuraba hacer trabajos legales.

El último empleo lo había conseguido después de recorrer varias obras. Finalmente, alguien le indicó que fuera al almacén y hablara con don Manuel. Aquel encuentro no fue muy bien a causa de lo poco comunicativo que era Atila, pero al encargado debió parecerle que se trataba de alguien fuerte y honesto, y decidió darle una oportunidad como mozo de almacén. Era el año 1998 y estaba comenzando el boom inmobiliario. Hacía falta

personal, y los que no eran muy exigentes con sus derechos encontraban trabajo con relativa facilidad.

Durante dos meses estuvo descargando camiones de ladrillos, arena, cemento y otros materiales, que luego debía repartir entre los furgones que los trasladaban a las distintas obras que ejecutaba la empresa.

Un día, ante la ausencia por gripe de dos albañiles, el encargado decidió incluirlo en la cuadrilla de Jacinto para terminar el solado de una casa. A pesar de lo poco que hablaba, fue muy eficiente en su trabajo y el capataz quedó satisfecho. Después lo probó en otras funciones y se dio cuenta de que ese hombre no debía perder el tiempo con las labores más toscas porque tenía unas manos privilegiadas para hacer los acabados más exigentes. Jacinto le pidió a su jefe que lo dejara a su cargo para modelarlo porque lo consideraba un caballo salvaje del que no convenía sacar su parte más agresiva porque podría dar coces, pero si se le sabía guiar, sería el mejor obrero que hubiera tenido en la cuadrilla.

Jacinto no tenía interés en conocer el pasado de Atila, ni tampoco se preocupaba por averiguar los motivos que provocaban su perpetua seriedad. Él no era psicólogo. En el trabajo le decía claramente lo que quería que hiciera y le dejaba hacerlo a su aire porque sabía que iba a cumplir. Cuando se acababa la jornada, lo dejaba marchar sin alentarle a que compartiera una ronda de cervezas con el resto de la cuadrilla para no tentar a la fortuna.

Poco tiempo después de conseguir el trabajo, Atila se instaló en una vieja pensión en el barrio de Tetuán donde se solían alojar inmigrantes debido a su precio asequible y a que no solicitaban papeles mientras se pagaran las semanas por adelantado. En la pensión, que no era demasiado limpia, aunque mejor que otras que había conocido, ocupaba una habitación individual sin baño. En los últimos años había pasado muchas noches en albergues y bastantes en la calle, en un parque, bajo un puente o en algún portal cubierto con cartones, y siempre llevando el equipaje a cuestas.

Tres meses más tarde pudo comprarse la vespa de segunda mano, pero a pesar de los muchos cambios que había dado a su

vida, había algo que permanecía inalterable: el miedo que lo acompañaba por la noche, y al que cada cierto tiempo se enfrentaba saliendo a la calle con los botes de pintura en aerosol. Hacía más de seis años que pintó su primer grafiti, y desde entonces había hecho más de cien, siempre utilizando los mismos colores y en paredes de iglesias o de edificios relacionados con el clero. Cuando no tenía dinero para comprar los botes, se los había arreglado para robarlos. Podía renunciar a otras actividades, incluso a comer, pero pintar murales se había convertido en su forma de manifestar que seguía vivo y con ganas de luchar.

En la prensa se había hablado varias veces del grafitero de los tres colores, y los portavoces de la Iglesia habían solicitado la colaboración ciudadana a los que lo hubieran visto dañando un valioso patrimonio con sus pinturas obscenas y aberrantes. Muy pocos de sus dibujos se había publicado en la prensa con fotos de mala calidad porque rápidamente eran cubiertos con una capa de pintura antes de proceder a la limpieza de las paredes. Ese secretismo sobre el contenido de sus obras, unido al anonimato de su creador, despertaba el interés por saber quién era el autor y qué motivo le guiaba a pintar los grafitis. Algunos testigos, que los habían visto antes de ser borrados, habían dicho que en esos murales abundaban las cruces moradas sobre fondo negro que dejaban regueros de sangre y niños mutilados. Algunos medios de comunicación, que no eran afines al clero, ya habían mostrado su interés por localizar a ese artista clandestino que con su obra efímera había soliviantado a los representantes de la iglesia católica. Querían conocer la historia que le había llevado a actuar de esa manera. La prensa no sabía que Atila no buscaba la notoriedad o provocar un escándalo. Él pintaba por necesidad, para combatir a las bestias que lo habían agredido cuando no podía defenderse, mientras esperaba a que llegara el momento de ajustar las cuentas con ellos. Atila no quería compasión ni que nadie le ayudara porque ese apoyo lo había necesitado muchos años antes, cuando todavía era un niño, pero los que podían salvarlo decidieron mirar a otro lado.

Hasta que acudió a la consulta de Alberto, Laura aparentó que su trabajo seguía con normalidad. Incluso Mario llegó a pensar que se le había pasado la rabieta y que su relación seguiría igual. No pensaba hacer pública su decisión hasta que estuviera preparada para enfrentarse a las críticas y supiera comunicar que no se trataba del capricho pasajero de una mujer que ignoraba lo que quería.

Sabía que con Alberto se sentiría cómoda hablando y que le daría buenos consejos, a pesar de que ella era muy distinta a la joven que había empezado la terapia, por lo menos la imagen exterior que proyectaba.

Ya estaba trabajando como periodista cuando acudió por primera vez a la consulta, pero estaba muy lejos de convertirse en una estrella mediática. Entonces se sentía una mujer acomplejada que tenía muchos problemas sin resolver, aunque no había acudido a la consulta de un psicólogo por decisión propia, sino porque un par de amigas le habían dicho que tenía que poner orden en su vida y en aquello que la atormentaba si no quería que más adelante le causara un daño irreparable. Y el principal tema al que debió enfrentarse durante la terapia fue el de su aborto.

Laura había nacido en una familia de profunda tradición religiosa que militaba en uno de los sectores más conservadores de la iglesia católica. Había cursado sus estudios en los centros religiosos más elitistas y hasta hizo la carrera de periodismo en una universidad vinculada al clero. A lo largo de aquellos años fue una estudiante brillante, además de estar siempre dispuesta a participar en los diferentes actos litúrgicos que se organizaban. La fe era el auténtico motor de su vida y no tenía el menor reparo en reconocerlo públicamente, a pesar de que se vivían tiempos de profundos cambios sociales que mermaban el protagonismo de la Iglesia entre los jóvenes.

Hasta el último año de carrera todo iba muy bien. Incluso se había hecho novia con un joven economista que compartía sus mismas creencias. Sus padres veían la relación con buenos ojos porque el muchacho pertenecía a una familia muy bien relacio-

nada y se le auguraba un brillante futuro como empresario y político.

Pero entonces, y sin que tuviera muy claro el origen del cambio, apareció la necesidad de mirar más allá de lo que tenía a su alrededor. Si quería ser una periodista que destacara, no podía permanecer toda su vida en una burbuja bajo la protección de su familia. El verano del 84 trabajó como becaria en un periódico, donde su padre tenía buenos contactos, para ir adquiriendo la soltura necesaria, aunque ella tenía como reto conseguir un trabajo como reportera en televisión.

Ese primer trabajo, que para cualquier otro becario no tendría mucha trascendencia, para ella supuso un cambio radical, y no porque no estuviera preparada para desempeñar una labor que no era demasiado exigente, sino porque nadie le había enseñado que había otra forma de vida muy diferente y atractiva para una mujer joven que lo tenía todo por descubrir.

Entonces conoció a Vicente, uno de los fotógrafos del periódico junto al que tuvo que hacer varios reportajes. Vicente era seis años mayor que ella, presumía de anarquista y siempre llevaba un aspecto desaliñado, aunque no hacía proselitismo dentro de un periódico vinculado a la derecha porque no quería perder su trabajo.

Al principio parecía que la había tomado por una mojigata y continuamente la estaba provocando para que dejara de ser una reprimida, pero pronto las disputas se tornaron en atracción mutua. Laura consideraba mucho más interesante a ese hombre que a su novio. Lo veía más pasional y vivo, y a eso se unía la fascinación que empezaba a sentir por lo prohibido, por todo aquello que siempre había considerado pecado.

Laura comprendió que solo había un camino para seguir creciendo tanto laboral como personalmente, y era el de abrirse a nuevas experiencias para seguir aprendiendo. Eso le llevó a romper con su novio y a tener graves conflictos familiares que estuvieron a punto de provocar la quiebra. Como consecuencia del cambio, se dio cuenta de que la abstinencia podría servir para evitar las enfermedades de transmisión sexual y los embarazos no

deseados, pero no le servía para sentirse viva en una edad en la que toda la gente que la rodeaba disponía de libertad para amar y sin tener complejo de culpa.

Entre aquel aprendizaje forzado y la falta de educación previa, se produjo la peor de las consecuencias porque era la que suponía su condena y el fin de todos sus proyectos: Laura se quedó embarazada. Cuando el test le dio positivo pensó que la vida se acababa. Por un lado, sabía que no era el momento de tener una criatura cuando estaba empezando a vivir y no tenía trabajo fijo ni espíritu de madre. Por otra parte, Vicente no quería hacerse cargo de la paternidad cuando había otras soluciones para resolver ese problema, aparte de que nunca aceptaría casarse por la iglesia; y a eso debía añadir que sus padres no aceptarían a un revolucionario como yerno.

Sus propias creencias religiosas eran implacables con el aborto, y ella siempre lo había considerado como un crimen injustificable. Al vivir el problema en sus propias carnes, comprendió que las expresiones aborto e interrupción del embarazo se referían a lo mismo, pero admitían interpretaciones muy diferentes según el entorno donde se utilizaban, incluso había muchas mujeres católicas que interrumpían su embarazo sin ser excomulgadas. Como la decisión no se podía dilatar y quería evitar a toda costa que se enteraran sus padres, dejó que Vicente hiciera las gestiones oportunas, y con la excusa de que se iba a pasar un fin de semana con una amiga, se subió en el coche de Vicente y se dirigieron a Burdeos para solucionar el error más grave que había cometido en su vida.

Por fortuna todo salió bien y nadie se enteró de lo que había ocurrido, pero ella no podía olvidarlo y temía que se tratara de una terrible carga que siempre llevaría sobre su espalda. Cuatro meses después se acabó su relación con Vicente por lo amargada que se sentía. Entonces intentó llevar una vida más ordenada, pero no tardó en comprender que había elegido la profesión equivocada.

El psicoanálisis se lo planteó un par de años después, cuando contaba con un trabajo estable en un poderoso grupo de comuni-

cación y su carrera periodística estaba bien encaminada porque acababa de debutar como presentadora en un programa de radio de sobremesa que tenía buena audiencia. Por entonces mantenía relación con el director de una sucursal bancaria, un hombre serio que contaba con la aprobación de sus padres, pero ella sabía que no era el hombre de su vida y seguía angustiada por la mancha que tenía en su pasado.

A la consulta de Alberto llegó convencida de que no iba a funcionar porque no creía en el psicoanálisis. En las primeras sesiones de terapia no salió muy animada porque ella iba buscando soluciones para problemas concretos, mientras Alberto se limitaba a hacerle preguntas y a responder con cierta ironía cuando ella parecía más alterada. Alberto Arnal era un hombre de la edad de su padre y tenía sobrada experiencia como para limitarse a complacer a los pacientes que tenían prisa. Solía decir que quien quisiera respuestas urgentes acudiera a los adivinos porque él no era capaz de darlas, a lo sumo podría ayudar a que cada paciente encontrara las suyas.

Después de varias sesiones en las que se mostró evasiva, llegaron al tema que permanecía latente en la mente de Laura, a pesar de que hubiera pasado el tiempo suficiente para superarlo. Al decirle que había abortado, Alberto ni se inmutó, y cuando ella insistió en la trascendencia de ese hecho, el psicólogo respondió que miles de mujeres interrumpían su embarazo a diario, y eso por no hablar de la infinidad de parejas que utilizaban preservativo, lo que era otro medio de interrumpir el embarazo; y si se afinaba mucho, la menstruación o la masturbación suponían embarazos no utilizados porque se desperdiciaban óvulos y espermatozoides. Ella estuvo a punto de marcharse en ese momento porque se sintió ofendida. Alberto le dijo que él respetaba las creencias de cada persona, pero su función no era la de convertirse en un represor que impusiera una cruel penitencia. Él trataba de ayudar a sus pacientes, y por experiencia sabía que ninguna mujer recurría al aborto por frivolidad. Siempre se trataba de la última opción después de que se hubieran valorado todas las posibles, y era muy dolorosa de asumir. Él no era partida-

rio de recurrir a la autoflagelación como penitencia para expiar un pecado creado por hombres que nunca conocerían a fondo el problema porque no se quedaban embarazados.

Alberto cobró otra dimensión después de aquella sesión, hasta convertirse en imprescindible. Durante los siguientes años se vieron en dos sesiones semanales donde Laura hizo un profundo repaso a toda su vida, aparte de que le pedía consejo sobre todas las decisiones que debía tomar. Fue el propio Alberto el que puso fin a la terapia porque el fin principal se había conseguido, y Laura corría el riesgo de hacerse dependiente de él.

Esa era la primera vez que se veían en la consulta desde entonces. En los otros encuentros que tuvieron fueron dos amigos que nunca hablaron de problemas personales. Incluso una vez lo había sacado en su programa como asesor, pero Alberto denegó otras invitaciones como colaborador porque quería hacer su trabajo con discreción y no tenía interés en analizar ante las cámaras la caprichosa actitud de los famosos.

Laura, cuando se sentó en el sillón porque nunca le gustó el diván, le hizo un repaso de la situación en que se encontraba, de la decisión que había tomado y de la angustia que le causaba hacerla pública porque temía que no fuera capaz de aguantar la presión.

—A lo largo de estos años has logrado mucho más de lo que esperabas al principio. No veo ningún motivo por el que no seas capaz de dar un nuevo paso que guíe tu vida en otra dirección. Ahora eres mucho más fuerte que antes.

—Eso es lo que me asusta. Creo que he llegado a una situación en que mi vida no es mía y que esa fortaleza es ficticia. Tengo la impresión de que lo ocurrido en los últimos años ha sido demasiado fácil y de que el mérito en su mayor parte no ha sido mío.

—Algo habrás hecho para merecerlo.

—Estar en el lugar adecuado en el momento preciso, y ahora temo que deba pagar un tributo muy alto para desprenderme de esa carga.

—Formas parte de un mercado donde se mueve mucho dinero. En cierto modo te has convertido en una sociedad anónima en la que una serie de inversores han depositado sus ahorros con el fin de obtener succulentos dividendos. Es lógico que se molesten si su inversión corre peligro.

—¿Estás diciendo que no es bueno que abandone?

—A mí no me interesan las sociedades anónimas, trabajo con las personas, y pienso que nadie debe cargar con más peso del que puede soportar. No creo que tú hayas presionado a nadie para conseguir lo que has logrado, y por lo tanto no tienes que disculparte por las decisiones que tomes si crees que son necesarias. Los inversores tampoco lo harían en el día que decidieran que estás acabada. El mercado nunca se compadece de las víctimas.

—Creo que no falta mucho para que eso ocurra.

¿Cuándo decidiste que debías cambiar?

—Poco después de ganar el premio de novela, cuando comprendí que no era justo que lo hubiera logrado tan pronto, y que a la larga me causaría más daño que beneficio.

—Eso lo hubieras evitado si no te hubieras presentado.

—Yo no sabía que estaba concursando. Como sabes, siempre me ha gustado la literatura, y llevaba bastante tiempo trabajando en una novela. La iba escribiendo a mi ritmo, confiando en contar una hermosa historia que se publicara. Era algo que no había comentado con mucha gente, pero un día me llamó una agente literaria y me preguntó si le podía enviar una copia de mi texto. Por entonces acabada de completar la primera revisión, pero sabía que me quedaba trabajo por hacer. Dos semanas después me llamó para decirme que le gustaba y que quería ser mi representante. Firmé un contrato con ella y le dije que en tres meses tendría la versión definitiva. Yo seguí trabajando, aunque iba con retraso porque apenas si me quedaba tiempo libre. Una mañana se presentó una compañera junto a un fotógrafo y me dijo que se rumoreaba que estaba entre las candidatas a ganar el premio. Después me llamó la agente y me dijo que tenía que tomar un avión esa misma tarde para trasladarme a Barcelona. Entonces

me confesó que ella había presentado la novela al concurso y que era la ganadora, aunque debía guardar el secreto hasta que se hiciera público el fallo del jurado durante una cena de gala. Reconozco que en ese momento mi vanidad pudo más que la razón y llegué a creer que lo merecía.

—He leído la novela.

—¿Y?

—Reconozco que es interesante para ser tu primer trabajo, pero creo que está lejos de merecer una recompensa tan grande, aunque esto ocurre con frecuencia en determinados premios. Supongo que es más importante la vertiente comercial que la literaria.

—Así es. Las críticas han sido feroces desde algunos sectores, pero se ha agotado la primera edición y mi agente quiere que termine pronto la siguiente novela.

—¿La estás escribiendo?

—Apenas si llevo unas páginas, pero me cuesta horrores y no creo que sea capaz de completarla con esta presión. Incluso me ha ofrecido la posibilidad de facilitar mi trabajo con un colaborador o de comprar la obra a un negro. Dice que dispone de novelas interesantes que con mi firma tendrían un gran éxito.

—¿Qué le has dicho?

—Que no puedo prestarme a un juego tan sucio. Si esas novelas son buenas, merecen llevar el nombre de sus autores y que las editoriales los apoyen. Yo quiero dedicarme a la literatura, pero a mi ritmo, y publicar una novela cuando esté terminada, suponiendo que tenga la suficiente calidad. Y eso es algo que no podré hacer mientras siga formando parte de un circo que cada día aborrezco más.

—Supongo que tienes ahorrado suficiente dinero para no tener miedo del cambio.

—El dinero por ahora no es un problema porque no aspiro a llevar una vida llena de lujos, y he ganado lo bastante para hacer una apuesta a medio plazo sin quedar hipotecada.

—Pienso que si sigues adelante con la decisión que has tomado, el camino será muy difícil porque estará lleno de obstáculos, y te los pondrán los mismos que hasta ahora te lo han allanado,

pero también pienso que puede ser muy gratificante si eres capaz de aislarte de la fama y disfrutar con lo que hagas. Solo tenemos una vida, y es muy triste ver cómo se consume satisfaciendo los egos ajenos cuando tenemos a nuestro alcance los medios para dedicarla a lo que amamos.

Al salir de aquella sesión Laura estaba convencida de que su decisión era la correcta, y se creía preparada para enfrentarse a sus consecuencias.

Los primeros recuerdos de Atila durante su infancia iban unidos a las carreras que daba por el poblado de chabolas huyendo de la alpagata de su madre o del cinturón de cuero de su padre. Cuando bebían los dos se volvían agresivos, y sus borracheras eran muy frecuentes. Sus primeros juegos fueron entre los charcos del vertedero junto a otros niños que crecieron entre la suciedad, perros abandonados y ratas; y por cada hora de diversión que disfrutaban, pasaban muchas de carencias y de malos tratos.

Laszlo era húngaro y había llegado a España en un pequeño circo como domador de osos de media luna y como forzudo. Cuando el circo cerró, y los osos que no habían muerto de hambre fueron trasladados a un zoológico, comenzó a trabajar descargando camiones en un mercado. Su fuerza descomunal le ayudaba para ese trabajo, aunque también le servía para montar broncas cuando bebía más de la cuenta. Por entonces conoció a Elvira, que trabajaba de camarera en un pequeño bar que había junto al mercado. Era una mujer que había sido muy guapa, pero un malnacido la había marcado con una cicatriz en la cara que iba desde el ojo izquierdo hasta el labio, aparte de reventarle el oído de un puñetazo.

Atila nació diez meses después, y durante los dos primeros años no le fue muy mal porque su madre lo cuidaba y jugaba con él, aunque apenas si tenían para comer. Todo cambió cuando Elvira se quedó embarazada de los gemelos. Por entonces Laszlo estaba más pendiente de beber que de trabajar porque no era un hombre constante que pudiera sacar adelante a su familia. Para compensar su frustración convirtió a Atila en el objetivo de su ira.

Tras el nacimiento de sus hermanos la vida se hizo terrible. En aquellos años tenían que vivir de la caridad porque ni su padre ni su madre tenían trabajo. Muchas veces los tenía que acompañar a las puertas de las iglesias o de los centros comerciales. Él tenía que ir detrás de la gente suplicando una limosna, y si no conseguía bastante dinero le pegaban hasta dejarle todo el cuerpo lleno de heridas.

Una noche, cuando él tenía siete años y cuatro los gemelos, sus padres los dejaron solos para irse a beber al bar. Como hacía frío, habían dejado el brasero de picón encendido. Atila despertó poco después y salió de la chabola para ir a las letrinas porque le dolía la tripa. A su regreso vio que salía mucho humo entre las rendijas de la puerta y de la ventana. Al abrir la puerta descubrió que todo estaba en llamas. Estaba aterrado y comenzó a gritar. No tardaron en salir los primeros vecinos, y poco después llegaron los bomberos, pero era demasiado tarde para salvar a sus hermanos. Los críos murieron a causa del humo tóxico que habían inhalado.

Cuando sus padres aparecieron, completamente borrachos, la policía se los llevó detenidos y él nunca los volvió a ver, aunque bastantes años más tarde se enteró de que su madre se había suicidado poco después al tirarse delante de un camión. Jamás supo qué había sido de su padre y no tenía el menor interés en averiguarlo.

Su siguiente destino fue el hospicio de San Miguel, un lugar al que no se supo adaptar porque era un niño muy conflictivo que siempre se estaba peleando con otros chicos y que no hacía caso de las órdenes que daban las monjas. De aquel lugar se fugó varias veces, dedicándose al pillaje hasta que la policía lo detenía y lo volvían a llevar al hospicio. Como nadie pensaba que ese crío pudiera ser educado hasta convertirlo en un hombre de provecho, lo enviaron al reformatorio de San Rafael, donde un grupo de curas, utilizando métodos innovadores, se había especializado en educar a muchachos abandonados y conflictivos que tuvieran entre diez y dieciséis años.

Parecía que los años de soledad, miseria y angustia llegaban a su fin, pero las desgracias que había pasado hasta entonces iban a quedar difuminadas por el terror que estaba a punto de comenzar.

Laura no dejó pasar más tiempo para hacer pública su decisión. Llamó al director de programación y le pidió una reunión urgente. Una hora después estaba en su despacho para comunicarle que lo dejaba y que fuera buscando a alguien que la sustituyera. Huberto Leyva la miró con gesto de no entender nada antes de preguntarle si se trataba de una broma de mal gusto, pero ella le respondió que nunca había hablado tan en serio.

—¿Tienes una oferta mejor de la competencia?

—No, no tengo ninguna oferta. Dejo la televisión y aparco el periodismo. Ya no aguanto más porque no quiero acabar enferma.

—¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Acaso ya has ganado lo suficiente para vivir de las rentas?

—No, no es ese mi propósito. A partir de ahora quiero dedicarme a escribir.

—No me digas que te lo has creído. Así que el premio se te ha subido a la cabeza y quieres prepararte para conseguir el Nobel.

—No me he creído nada y no esperaba que fueras tan grosero.

—No pretendía ofenderte, pero es lo que pienso.

—Te hubiera agradecido más esa muestra de sinceridad si el comentario me lo hubieras dicho en su momento.

—Tan solo hace una semana que he terminado de leer la novela.

—Imagino que te habrá sido muy duro.

—Tanto como eso no, pero esperaba más.

—Hice lo que pude, y reconozco que no es una obra maestra. No sé cómo eran las otras novelas que participaban en el certamen, pero te aseguro que no me acosté con nadie para que me lo dieran. Y ahora no te entretengo más porque tendrás mucho trabajo que hacer.

—¿Es definitiva tu decisión?

—Totalmente.

—Entonces dame un par de semanas para organizar el cambio. Se necesita tiempo para encontrar una sustituta y prepararlo todo, aparte de que es necesario informar a la audiencia y anunciantes. Pienso que se lo debes a esta casa.

—Por supuesto. Esto no es una venganza porque sé que me habéis tratado muy bien. Simplemente es una cuestión de salud mental y de pérdida de la ilusión por lo que estoy haciendo. Me parece más honesto retirarme antes que provocar una situación en la que os vierais obligados a sustituirme.

Al abandonar el despacho del hombre que más temía por su poder, Laura se sentía mucho más ligera, como si se hubiera desprendido de un pesado lastre y nada la pudiera detener una vez rota la inercia que le impedía moverse.

El siguiente en la lista era Mario, y esa vez no le dejó margen para que no la tomara en serio. Fue a su despacho y le dijo que todo se había acabado porque nunca habían estado enamorados. Mantenían una relación de conveniencia y llegaba el momento de acabarla. Él reaccionó con frialdad, y Laura pensó que no se sentía muy dolido porque a un triunfador como él no le faltarían oportunidades para conocer a mujeres más jóvenes y bellas, incluso era posible que ya tuviera una sustituta con la que irse de vacaciones a una isla paradisíaca.

La tercera persona con la que tenía que hablar era Esther, su agente literaria, pero recibió su llamada antes de que tuviera tiempo para ponerse en contacto con ella. La noticia viajaba a más velocidad de lo que había previsto. Esther estaba muy decepcionada porque pensaba que un tema tan importante tendría que haberlo consultado con ella antes de tomar una decisión firme que implicara a otros. Ella sabía que en la editorial no estarían muy contentos cuando se enteraran de sus planes.

—Te iba a llamar ahora para contártelo todo, pero alguien se ha adelantado. En cualquier caso, cuando tomo una decisión que tiene que ver con mi vida privada, no creo que deba someterla a referéndum.

—El problema es que tu vida ya no es tan privada como supones, y precisamente la semana que viene tengo una reunión con el director de la editorial para ultimar el contrato de la siguiente novela, por el que ibas a recibir un suculento anticipo. Me imagino que con este cambio tan radical en tu vida, el editor no estará dispuesto a aceptar las condiciones que habíamos pactado.

—También han cambiado las mías. No quiero que firmes ningún contrato. Necesito escribir sin estar presionada por una fecha de entrega y sin recibir ni un solo céntimo de anticipo. Quiero ver la literatura como un reto a mi capacidad y no como una obligación.

—Un propósito muy loable, pero el mercado literario no funciona de una manera tan anárquica. Es imprescindible que haya cierta planificación en el lanzamiento y promoción de los libros, y suele ser implacable con los autores que no son agradecidos cuando se les ha dado tanto a cambio de tan poco.

—Recuerda que tú viniste a buscar mi novela, la presentaste al concurso sin consultármelo, y te has llevado una parte sustancial del premio. En ningún caso hablamos de publicar una serie de novelas. En el contrato que firmamos consta que tú serás mi agente para todo lo que yo escriba, y eso pienso respetarlo, pero en ningún apartado dice cómo ni cuándo tengo que escribir, ni que sea una condición imprescindible que yo salga todos los días en televisión.

—Habiendo destacado tanto como periodista y presentadora, suponía que eras lo bastante inteligente para leer entre líneas.

—Puede que no sea muy lista, y siento si con esta decisión te perjudico, pero creo que mi salud está por encima del negocio. Si en algún momento te interesa lo que pueda escribir en el futuro, estaré encantada de trabajar contigo, pero si consideras que he perdido todo mi valor literario, lo asumiré como un justo castigo y continuaré mi carrera como todos aquellos escritores que tienen vedadas las puertas de las agencias literarias y de las grandes editoriales. Así sabré si puedo ser una buena escritora, o tal vez compruebe que todo lo logrado ha sido una cuestión de marketing.

–Puede que no sea una experiencia grata.

–Supongo que ya tengo edad para conocer otra forma de vida. Sé que he sido una privilegiada que lo ha tenido bastante fácil para alcanzar el éxito, pero eso no me ha servido para ser feliz, y quiero saber si hay otra forma de lograrlo.

–Vas a necesitar suerte.

La conversación había terminado, y Laura tenía la impresión de que tendría que perder demasiado tiempo justificando su desertión, porque como desertora sería juzgada. Sabía que sus propios compañeros de la prensa no la dejarían en paz durante algún tiempo, tanto los que tratarían de encontrar una explicación a su huida, como los que disfrutarían haciendo leña del árbol caído. No creía que alguien saliera defendiendo su derecho a elegir una forma de vida diferente.

Laura había decidido alejarse de Madrid y pensaba poner en venta su lujoso apartamento. Quería instalarse en el chalé que habían construido sus abuelos paternos cerca de El Escorial y que le había correspondido tras el reparto de la herencia. Al principio pensó venderlo porque no sabía qué hacer con él. Luego decidió esperar porque no necesitaba el dinero, y finalmente se había convertido en el lugar ideal para realizar la metamorfosis.

Después de estar muchos años cerrado, necesitaba una importante reforma, pero pensó que no sería necesario hacerla toda de golpe para instalarse. Bastaría con acondicionar la cocina, el baño, el dormitorio y el cuarto que ocuparía como despacho antes de hacer el traslado. El resto se podría hacer cuando estuviera viviendo en la casa, aunque resultara molesto, pero en aquellos momentos imperaba la necesidad de alejarse de Madrid para tener la certeza de que no se iba a arrepentir a los pocos días de su decisión.

Atila tenía un pequeño cuaderno rojo, de tapas duras como un libro, que siempre llevaba en el bolsillo de una vieja cazadora vaquera que había comprado en una tienda de ropa usada. Ese cuaderno lo utilizaba para dibujar sus pesadillas, para convertir lo que le provocaba angustia en el arma con la que combatiría a

los que habían arruinado su vida. En otro bolsillo llevaba tres bolígrafos, siempre de color rojo, negro y morado, igual que los botes de pintura con los que creaba los grafitis. Había otros colores que le gustaban más, pero no le servían para manifestar la rabia y el deseo de venganza.

En el cuaderno hacía los dibujos definitivos que luego trasladaba a los muros de los templos, aunque antes emborronaba restos de periódicos o las servilletas de los bares hasta que encontraba la imagen que deseaba. Entonces llegaba el momento de dibujarla con mimo en una de las páginas del cuaderno. Frente a las paredes de las iglesias no necesitaba consultar el dibujo. Para entonces había memorizado cada uno de los trazos que tenía que hacer y movía el bote de aerosol con la misma destreza y armonía con que los directores de orquesta manejan la batuta.

Atila nunca se había planteado la pintura como una forma de creación y no pensaba que tuviera cualidades como artista. Su contacto con los grafitis había sido casual. Por entonces se dedicaba a recoger cartones por la noche junto a un hombre que tenía un pequeño camión. Por ese trabajo cobraba una miseria, pero no encontraba nada mejor, y al menos le sirvió para ver cómo trabajaban los grafiteros, que amparados en la oscuridad dejaban su huella en muchas de las paredes de la ciudad. Sintió curiosidad por esos jóvenes que entendían los grafitis como una forma de vida que iba unida a una determinada indumentaria y a una música muy concreta. Él no tenía nada que ver con ese movimiento rebelde, ni siquiera tenía intención de reivindicarse como alguien diferente, pero le atrajo el componente de clandestinidad que conllevaba y la rapidez con que ejecutaban sus obras para evitar que la policía los detuviera. Entonces pensó que podría utilizar los grafitis como herramienta de combate durante las noches en que el terror lo atormentaba y no podía quedarse en la cama sin que aparecieran los delirios suicidas.

Buscó a varios de los grafiteros y les preguntó dónde conseguían el material, aparte de algunas dudas que le habían surgido sobre la técnica a emplear. Esos muchachos al principio lo miraban con recelo porque llegaron a pensar que era un policía infil-

trado, pero después se portaron muy bien con él y hasta le dejaron algunos botes para que hiciera pruebas.

Al principio había pensado utilizar más colores para sus obras, pero los resultados fueron lamentables, a pesar del buen pulso que tenía manejando los botes y de tener un don para plasmar los volúmenes y perspectivas, según le dijeron.

Después se dio cuenta de que sus pesadillas eran en tres colores, siempre los mismos, y decidió que debía aplicar esos mismos colores en las paredes de las iglesias. También comprendió que las noches de terror no eran buenas para visualizar las imágenes que debía pintar. Ese trabajo lo tenía que realizar previamente, y debía tener muy claro lo que iba a crear cuando saliera a la calle equipado con sus armas. Cuando abandonaba su habitación movido por el miedo no era un artista, era un ejecutor.

Su cuaderno estaba lleno de dibujos por las dos caras, los mismos que había plasmado en las paredes y que habían tenido pocas horas de vigencia, pero que habían servido para crear una leyenda que decía que los que habían visto sus grafitis nunca los olvidaban porque se grababan en el cerebro con la misma intensidad que un hierro candente en la piel, y casi siempre las leyendas se propagan con más rapidez y eficacia que las noticias.

Los padres de Laura fueron los siguientes en ser informados sobre los cambios que iba a hacer en su vida. Con ellos fue más fácil justificar su abandono porque no les agradaba que su hija estuviera todos los días en la tele y se viera salpicada por algunas polémicas que incrementaban la audiencia pero mermaban su reputación. Sus creencias religiosas entraban en conflicto con la imagen que muchas veces representaba Laura en la pantalla, y aunque siempre intentaron mantenerse al margen de su vida profesional, con frecuencia le habían aconsejado que buscara otras opciones menos conflictivas donde manifestar sus cualidades como periodista. En cuanto a su faceta como escritora, sí se sentían orgullosos porque era una actividad muy respetable y en la que no era necesario estar todo el tiempo en el candelero.

Aquel día hizo un alto en las distintas gestiones que tenía que realizar antes de hacer la mudanza porque su madre la había llamado para que acudiera a comer a la casa familiar. Monseñor Vivancos había anunciado su visita y le había comentado la ilusión que tenía por volver a encontrarse con su ahijada favorita.

Hacia dos días que había hecho su último programa en directo, el que suponía su despedida. Según los estudios de audiencia, había sido el programa más visto con casi cinco millones de espectadores. La gente estaba frente al televisor porque se esperaba que Laura Ortega desvelara los auténticos motivos que le habían llevado a abandonar la televisión después de que se hubieran propagado todo tipo de rumores, desde los que hablaban de una maniobra para irse a la competencia, hasta los que se referían a una estrategia publicitaria para incrementar la audiencia, pasando por los que decían que se había quedado embarazada o que se había enfrentado con el director de la cadena al querer incrementar su poder.

Durante el programa se limitó a decir que su retirada se debía al deseo de asumir nuevos retos en su vida que la alejaran del periodismo y de la popularidad. Había perdido la ilusión por lo que estaba haciendo y le parecía más honesto dejar paso a profesionales con más entusiasmo. También dijo que no sabía lo que le depararía el futuro, y no podía descartar su vuelta al periodismo porque lo llevaba en la sangre, pero no creía que volviera a presentar un programa de televisión en directo por el grado de exigencia que suponía.

En los últimos días había recibido más de mil correos a través de su web, pero no quería leerlos porque temía que pudieran condicionar su decisión. Cuando se hubiera estabilizado intentaría contestar algunos de ellos.

Aquella mañana se encontraba un poco perdida al haber cambiado su rutina, y creía que no era el mejor momento para asistir a una comida familiar junto a sus hermanos, cuñadas y sobrinos, pero al menos se libraría de dar explicaciones individuales al reunirse todos para agasajar a su invitado.

El obispo Pedro Vivancos era un gran amigo de la familia Ortega, hasta el punto de que era considerado como un miembro más, incluso como el más importante. Su madre había trabajado durante muchos años en la empresa textil que había fundado el abuelo de Laura. Como la mujer se había quedado viuda al caer su marido en el frente durante la guerra civil, don Anselmo quiso ayudarla pagándole los estudios a su hijo y tratándolo como si fuera uno más de su familia, y cuando ella murió pasó a tener su propia habitación en la casa. Al tener la misma edad que su hijo, Pedro e Isidro se hicieron muy buenos amigos. Mientras este último decidió seguir el camino de su padre como empresario, Pedro se inclinó por servir a Dios e ingresó en el seminario, y junto a la formación recibida para hacerse sacerdote, también estudió derecho eclesiástico porque su ambición no se limitaba a pasarse toda la vida como párroco en una iglesia de pueblo.

Poco después de ordenarse, y antes de irse a las misiones, celebró la boda de Isidro y de Marisa. La vida de Laura había estado muy vinculada al padre Vivancos. Él la había bautizado, le había dado la primera comunión y de sus manos recibió la confirmación. Durante muchos años se había confesado con él, hasta que sus obligaciones les llevaron en diferente dirección. Cuando se planteó el aborto dejó de confesarse porque no le parecía coherente, a pesar de que siguiera manteniendo la fe. Por entonces, el sacerdote había sido recompensado por su gran labor y se había trasladado a Roma para realizar su labor apostólica en la Santa Sede, donde se le vaticinaba una brillante carrera.

Pedro Vivancos pertenecía al sector más duro de la Iglesia, al que consideraba el Concilio Vaticano II como una muestra de debilidad del clero. Defendía la vuelta a los valores más tradicionales, otorgando a la familia el papel protagonista en la labor pastoral, siempre que estuviera supeditada al control de un sacerdote que ejerciera de consejero espiritual. Cuando comenzó a ascender en la jerarquía eclesiástica algunos dijeron que podría llegar a arzobispo o cardenal porque había sabido mover los hilos para hacer muy buenos contactos. Desde otros sectores más progresistas lo consideraban un hombre siniestro y al que era muy

peligroso tener como enemigo porque era implacable con los que trataban de ponerle obstáculos en su camino.

Laura había hablado varias veces con monseñor Vivancos desde que había comenzado su fulgurante ascensión como periodista, incluso había hecho gestiones para llevarlo a su programa con el fin de hacerle una larga entrevista, pero él había declinado la invitación al considerar que su imagen saldría muy perjudicada al aparecer en un programa demasiado frívolo y donde no se prestaba la atención debida a aquellos temas que eran importantes para la vida y para la Iglesia.

En las conversaciones privadas, el sacerdote, ejerciendo de padre espiritual, le reprochaba su actitud porque se había dejado arrastrar por el oropel de la fama y no llevaba un camino recto. A su edad debería estar casada y tener un par de hijos que le dieran alegría y sentido a su vida. Laura se defendía diciendo que había muchos caminos para manifestar la fe, y que una mujer independiente podía ser católica sin necesidad de depender de un marido que la controlara.

A pesar de la confianza y aprecio, siempre se sentía cohibida ante el padre Vivancos. En su mirada inquisitiva había algo que la acomplejaba, y él sabía utilizar ese recurso para sentirse dominador.

Su madre estaba terminando de preparar la comida cuando llegó Laura. El menú se componía de paella de marisco y chuletillas de lechal, dos platos por los que el obispo sentía devoción y en los que se empleaba con una voracidad que no tenía nada que ver con la vida espartana de la que presumía en sus apariciones públicas y que solicitaba en los sermones a los fieles para estar más cerca de Dios.

Isidro se lo había llevado para que visitara la vieja fábrica y conociera las nuevas naves que bajo la dirección de Germán, el hermano mayor de Laura, se había convertido en una de las sociedades punteras en el sector textil. En la empresa también trabajaban los otros dos hermanos de Laura, pero ella, que era la pequeña de la familia, nunca se había interesado en el negocio

familiar, y renunció a las acciones que le pudieran corresponder del negocio a cambio de quedarse con el chalé de los abuelos.

A la comida asistió toda la familia en pleno. Sus tres hermanos llegaron junto a sus esposas e hijos, y todos parecían muy contentos al ser la primera vez en mucho tiempo que se reunía la familia al completo. En los últimos años Laura se había ausentado de bastantes de esas reuniones, alegando siempre motivos profesionales. Incluso había faltado a la comunión de uno de sus sobrinos, lo que le supuso una severa reprimenda por parte de sus padres. Ella había dejado de sentirse cómoda en esos encuentros porque era la diferente, la que no había seguido el camino marcado, y le molestaba tener que estar todo el tiempo justificándose, como si todo aquello que había conseguido en su vida profesional y privada sirviera de muy poco cuando regresaba al hogar familiar.

Estaban tomando el postre cuando monseñor Vivancos dijo que les quería hacer partícipes de una primicia, siempre y cuando no saliera de allí hasta que se hiciera oficial. Esto último lo dijo mirando a Laura, a lo que ella respondió que había dejado de ejercer el periodismo, aparte de que, al igual que los curas, nunca había traicionado a alguien que le hubiera confiado un secreto. Su padre la reprendió al considerar que el tono de su respuesta podría ser ofensivo para el obispo, pero este intentó quitarle importancia diciendo con ironía que a los periodistas siempre les gustaba tener la última palabra, se hablara de lo que se hablara. Laura se calló porque sabía que no estaba en un entorno favorable para defender la ética periodística.

Monseñor Vivancos dijo al fin que el Santo Padre lo había llamado para comunicarle personalmente que iba a nombrarlo cardenal porque estaba muy orgulloso de su labor y había recibido informes muy favorables en los que se destacaba que se había convertido en una de las voces más válidas e influyentes de la Iglesia en España.

Entonces brindaron por la gran noticia, mientras Laura pensaba en qué diría ese hombre que condenaba el uso de preserva-

tivos si supiera que una ahijada suya había abortado y no se arrepentía de su decisión.

El furgón de Reformas Usera llegó a la puerta de la verja que daba acceso a un chalé. Jacinto se bajó y abrió con la llave que le habían dejado. Antes de descargar el material, el capataz le pidió a Briñas y a Atila que fueran con él a la casa porque quería explicarles los distintos trabajos que tenían que hacer en esa vivienda que llevaba mucho tiempo sin que nadie la habitara y sin que se hicieran los trabajos de mantenimiento necesarios para que se conservara en un estado aceptable.

Guió a sus hombres por las distintas habitaciones donde debían intervenir en la primera fase y les indicó lo que había que hacer en cada una de ellas. Luego dijo que esperaba que hicieran un buen trabajo porque esa casa pertenecía a una famosa de la tele que se pensaba trasladar antes de que terminaran las obras, por lo que tenía mucho interés en que quedara contenta, tanto por el trabajo realizado como por la limpieza con que lo ejecutarán.

—¿Quién es? —preguntó Briñas.

—Laura Ortega —respondió Jacinto.

—¡Hostias! Esa es la que ha dejado la tele sin que nadie se lo explique, y la tía está muy buena.

—Recuerda que venimos a trabajar, y cuando ella esté delante quiero que el trato sea muy correcto.

—Mi mujer se ha comprado el libro que ha escrito. Cuando se lo diga querrá que me lo traiga para que se lo dedique.

—De acuerdo, pero se lo pides con educación.

—¡Joder Jacinto! Lo dices como si fuéramos una panda de quinquis. Yo sé tener clase, recuerda que una vez le di la mano al rey en la visita que hizo a las obras del Teatro Real.

Atila asistió a la conversación sin decir ni una palabra. Él apenas si veía la tele y no conocía a esa presentadora, aparte de que nunca había leído un libro.

Cuando terminaron de recorrer todas las habitaciones de la casa, Atila pensó que no se parecía a ninguna que conociera, y le

gustaba a pesar de su aspecto un tanto decadente, aunque sabía que nunca podría tener una casa propia, y mucho menos como esa.

Comenzaron trabajando en el dormitorio principal, el que ocuparía Laura. Tenían que hacer un armario de obra que ocupara todo el largo de una pared, aparte de acuchillar el viejo parquet y barnizarlo. Jacinto le había propuesto colocar tarima flotante en toda la casa porque sería más fácil de colocar y tendría un mejor acabado, pero a Laura le gustaba la vieja madera, aunque fuera más costoso el arreglo que poner una tarima nueva. También tenían que arreglar las puertas del balcón, que no cerraba bien, aparte de colocar la lámpara que la dueña había comprado antes de pintar la habitación del color que ella había elegido.

Todos los días llegaban a la casa a las ocho y media y se marchaban pasadas las siete. A las diez paraban durante media hora para el desayuno y a las dos se iban a comer a un restaurante de la carretera que tenía un menú barato y que frecuentaban muchos camioneros. Atila nunca los acompañaba porque prefería ahorrarse el precio de la comida. Él solía llevarse un bocadillo y se lo comía en el chalé cuando salían sus compañeros. Jacinto y Briñas no insistían en que se fuera con ellos porque sabían que era una labor inútil debido a lo poco sociable que era.

Cuando terminaba de comer, y mientras esperaba el momento del volver al tajo, se sentaba junto a la piscina y miraba hacia el olmo que había plantado el abuelo de Laura mucho antes de que ella naciera. Había otros árboles en esa parcela de más de setecientos metros cuadrados, pero ese era el que daba más sombra y donde descubrió un mayor número de nidos.

En la esquina opuesta de la parcela, y detrás de la casa, había un cobertizo que tenía unos veinte metros cuadrados. Atila pensó que el dueño de ese chalé lo había utilizado como taller porque había algunas herramientas colgadas de un tablero que estaba fijado a la pared, justo encima de una mesa grande que debió hacer un buen carpintero porque se conservaba en muy buen estado bajo la gruesa capa de polvo que la cubría.

Una tarde, cuando llevaban más de una semana en la casa, un coche se detuvo en la puerta. Atila estaba terminando su bocadi-

llo. Se bajó Laura y lo miró sorprendida cuando lo descubrió sentado en el zaguán.

—Perdone, pensaba que se habían ido a comer.

—Yo no —respondió en un tono que a Laura le pareció cortante.

—Necesito tomar algunas medidas para unas estanterías que voy a colocar.

Atila se quedó mirándola sin responder mientras Laura entraba en la casa.

Poco después Laura se asomó por una ventana.

—Perdone, no me las arreglo bien con el metro al tratarse de distancias grandes. ¿Le importaría ayudarme?

Atila obedeció y fue colocando el extremo del metro en todos los lugares que Laura le iba indicando al tiempo que ella apuntaba las medidas, pero no dijo ni una sola palabra y en ningún momento varió su gesto serio. Ella parecía molesta por su frialdad, pero no le hizo el menor reproche, y cuando terminó de tomar notas se marchó tras darle las gracias con la misma displancia que él mostraba.

Jacinto y Briñas llegaron poco después, pero Atila no les dijo que había estado la dueña de la casa. En realidad, nunca decía nada si no le preguntaban. Tanto con sus padres, en el reformatorio con los curas, como en el ejército, donde pasó dos años como voluntario, había aprendido que era mejor estar callado porque todo lo que dijera sería usado en su contra.

Laura había comenzado a guardar en cajas buena parte de la ropa y de sus objetos personales, entre los que incluía los libros y la música. Para embalar el resto de los enseres domésticos se había puesto en contacto con una empresa de mudanzas que se encargaría de todo el proceso cuando su nueva casa estuviera lista para el traslado.

También había acudido un empleado de la agencia inmobiliaria que se encargaría de vender el apartamento porque no tenía el menor interés en seguir pagando una cuantiosa hipoteca por un piso que era más aparente que cómodo. Después de verlo y de

hacer unas fotos, le dijo que no creía que tuviera muchos problemas en venderlo por el precio que deseaba porque ese piso tenía el valor añadido de que pertenecía a una famosa, y eso lo convertía en más goloso para los compradores.

Laura tenía una reunión pendiente con su agente después de que Esther acudiera a la editorial para comunicar su decisión sobre el contrato que habían apalabrado de su segunda novela, y que quedaba anulado tras su repentina marcha de la tele.

Habían quedado en un pequeño restaurante para comer y plantear una nueva forma de encauzar su relación profesional.

—Ahora que el daño ocasionado por tu retirada es irrecuperable, creo que merezco que me cuentes todo lo que ha pasado para ver si yo también le encuentro sentido a lo que muchos consideran un capricho injustificable de alguien que se ha endiosado. Me gusta estar cerca de los escritores que represento, y para ayudarte es necesario que conozca los problemas que te atormentan, y que antes no me comentaste.

—¿Cómo reaccionó Jorge?

—¿No te ha llamado?

—No.

—Entonces te puedes imaginar el disgusto que tiene. Yo le dije que el escándalo de tu despedida le podría venir bien a la promoción del libro, pero me respondió lo que todos sabemos, que era demasiado pronto, y que en cualquier caso deberías haberle consultado antes de tomar una decisión tan drástica.

—En eso no estoy de acuerdo. Si hubiera pedido consejo, seguiría igual de hundida y en pocos meses me hubieran echado porque una presentadora depresiva no vende. Hay momentos en la vida en que es necesario salir a flote para respirar porque de lo contrario te ahogas.

—¿Tan mal estabas?

—Supongo que hay muchas personas que están peor y no se quejan, pero sabía que estaba ante la última oportunidad de hacer algo diferente con mi vida siendo yo la que elige. Llegué a odiar lo que hacía. Me sentía como si estuviera en un enorme basurero en el que me nutría de las desgracias ajenas y del morbo.

–Un basurero lleno de riquezas.

–Sí, demasiadas, pero eso no tiene nada que ver con lo que quería hacer cuando estudié periodismo.

–Pienso que ese cambio lo deberías haber hecho de una manera menos drástica.

–Sabes muy bien que eso no es posible. La droga no se deja poco a poco, o se corta en seco o sigues con la adicción hasta que te destruye.

–¿Qué vas a hacer ahora?

–Probarme como escritora y como mujer. Saber hasta dónde puedo llegar haciendo lo que amo y comprobar si tengo cualidades para seguir adelante en la literatura.

–Ya sabes que no te puedo garantizar nada. El contrato para tu segundo libro es historia, aunque tendrás que cumplir con los compromisos adquiridos previamente.

–Por supuesto, y prefiero que sea así. Ya he hecho demasiadas cosas en mi vida donde jugaba sobre seguro. Es la hora de asumir riesgos.

–¿En esa decisión ha influido algún hombre?

–Antes había uno al que creía amar, hasta que me di cuenta de que no sentía nada por él, como tampoco lo sentí por otros. Supongo que es un problema mío, y que a estas alturas de mi vida debe ser una utopía encontrar a un hombre con el que sienta que mi cuerpo tiembla cuando se acerca y que ponga pasión en todo lo que haga, y no solo en la cama y a ratos.

–Me temo que eso no es una utopía, eso es imposible. Cuando tenemos veinte años podemos mantener la esperanza de que aparezca el príncipe azul, pero cuando se ve la frontera de los cuarenta hay que dejar esa fantasía para la literatura. A nuestra edad debemos agarrar los trenes que pasan porque no quedan muchos que cruzar por nuestra estación.

–Puede que no te falte razón, pero, al menos, quiero tener ilusión por algo y tomar las decisiones pensando en mí. Antes, hasta para cambiarme de peinado, debía consultarlo con un asesor de imagen, no fuera a ser que la audiencia del programa se resintiera. Supongo que a muchas mujeres les gustaría estar en

mi lugar, pero te aseguro que el cuento de hadas se acaba en un par de semanas. Tampoco puedo decir que se trate de un infierno, pero después de varios años puede llegar a parecerlo porque vives obsesionada por la presión que te rodea.

—En vista de que ya es tarde para cualquier cambio y de que estás convencida de lo que has hecho, te deseo que tengas suerte y que todo te salga bien.

Tras aquella comida que fue menos tensa de lo que pensaba, Laura se sintió mejor porque al menos no había supuesto la ruptura con su agente, aunque Esther no fuera capaz de comprender su decisión, pero quedaba la puerta abierta para seguir trabajando juntas en el futuro.

Aquella mañana Laura acudió al chalé porque la había llamado Jacinto para que viera cómo había quedado el dormitorio y porque quería consultarle sobre los apliques y grifería que iba a colocar en el baño.

Al bajar del poderoso todoterreno que se compró para viajar a una altura superior y sentirse más segura, vio que Atila estaba vaciando el cemento de la hormigonera en una carretilla. Notó su mirada gélida que la desconcertaba y pasó sin saludar.

Tras dar su visto bueno al trabajo realizado y resolver las dudas de Jacinto, le dijo que quería hablar con él donde no pudieran escucharlos sus trabajadores. Fueron hasta la cocina.

—No quiero meterme con la manera en que están realizando las reformas porque lo que he visto hasta ahora me parece correcto, pero no me gusta sentirme incómoda en mi propia casa.

—Perdone, pero no entiendo a qué se refiere.

—Me refiero a uno de los obreros, al más alto. Ese hombre me parece un insolente.

—¿Le ha dicho algo que le haya ofendido?

—No, decir no dice ni una palabra, ni siquiera saluda, pero su mirada me inquieta y me pone nerviosa. Parece como si en cualquier momento se fuera a convertir en un animal rabioso que sea capaz de hacer una barbaridad. Y, como comprenderá, no quiero estar asustada dentro de mi propia casa.

—Entiendo lo que dice porque sentí algo parecido cuando conocí a Atila. Desde entonces llevo trabajando más de un año con él, y nunca lo he visto reír, pero le puedo asegurar que es el mejor obrero que he tenido a mi cargo. Trabaja con una seriedad y precisión que nunca he conocido y sin pasar por alto ni un solo detalle. Usted es la que manda, y si no quiere volver a verlo, tendré que pedirle al jefe que lo eche, pero le prometo que no es mala persona y que no pretende intimidarla. Yo creo que es un hombre que tiene mucho miedo porque su vida ha tenido que ser muy perra, aunque nunca me ha contado nada de lo que ha sufrido, pero se le nota.

—A mi no me da la impresión de tener miedo. Se ve que es un hombre muy fuerte que asusta con su mirada.

—Más que un oso. Su fuerza es descomunal, pero el miedo no tiene nada que ver con los músculos. Con su aspecto de gladiador se basta para espantar a los que pretenden hacerle daño, pero el pánico que se tiene en la cabeza por lo que se ha visto o sufrido no se rompe a fuerza de golpes, y siempre está agazapado a la espera de manifestarse en cuanto se baja la guardia.

Laura se quedó impresionada al escuchar las palabras de Jacinto. No imaginaba que un albañil le pudiera definir tan bien el miedo. Entonces le pidió que se olvidara de su petición porque no quería hacer daño a una persona que necesitaba trabajar y que cumplía con su labor.

Antes de marcharse se quedó observando a Atila. Viendo su aspecto nunca hubiera pensado que ese hombre pudiera tener miedo de ella, pero no podía presumir de conocer a los hombres, sobre todo cuando ninguno de los que habían compartido su vida tuvo una infancia demasiado dura, aunque todos presumían del esfuerzo que habían realizado para alcanzar sus objetivos.

Atila levantó la cabeza y la miró por un instante, pero al ver que ella lo estaba mirando agachó la cabeza y entró en la casa. Esa mirada huidiza permaneció latente durante el viaje de vuelta, y Laura no sabía cómo interpretarla.